



Julio Arboleda

Selección

2003 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Julio Arboleda

Selección

Me voy!

I.

Me voy de las playas alegres, suaves

Do el Rímac corriendo tranquilo murmulla,

Do el céfiro alienta, la tórtola arrulla,

Do nunca ha apagado sus rayos el sol;

Do anuncian la aurora con trinos las aves,

Y en cantos acordes al alba saludan,

Do nunca los hielos al árbol desnudan,

Do nunca del cielo faltó el arbol:

Me voy de las playas que el aura acaricia

Besando las flores que crecen en ellas;

Do el céfiro borra las tímidas huellas,

Que deja en la arena la esbelta mujer.

Se quedan los campos do amor y delicia

Respiran los aires y el labio respira,

Do en plácidos sueños el joven suspira,

Mecido en los brazos del blando placer.

Se queda la tierra que Marte aborrece,
Y evita los ecos de trompas marciales,
Do el bárbaro ruido de roncós metales
No arranca, tronando, sus gritos de horror.
Me voy de las playas do blando se mece
El cándido lirio al soplo del viento;
Adiós, gaya Lima! do no hay un acento
Que no nos inspire deleite y amor!

II.

Me voy y nada dejo, ni un suspiro;
Nadie dará una lágrima a mi ausencia;
Para mi no ha existido ni la esencia
Plácida de los árboles aquí.
He estado en un Edén, testigo he sido
De los placeres que ese Edén brindaba,
Mas cuando yo sus árboles buscaba,
Ni la sombra era fresca para mí.

Oyendo estoy el melodioso acento,
Que para otros oídos se destina,
Pero ese acento, que al deleite inclina,
Viene tan solo a herir mi corazón:
Viendo estoy las miradas y las risas
Dulce y afablemente contestadas,

Pero esas risas ¡ ay! esas miradas

Son para otros, para mi no son.

En mi redor la música se anima,

Y, al grato son, en mi redor se danza,

En mi redor se enciende la esperanza,

En mi redor se mueve la mujer;

Y su forma de sílfida, que vuela

Por el salón, en brazos de su amante,

Y su rostro de júbilo radiante,

Y sus ojos de fuego y de placer;

Música, baile, amor, deleite, -nada

Le pertenece al infeliz proscrito,

Que vive, como Tántalo maldito,

Viendo la dicha ahogada en el dolor:

Ni vibra para él acento amigo,

Ni se perfuma para él la brisa,

Ni brilla para él la dulce risa

De amistad, o de lástima, o de amor.

Mira el proscrito hacía el jardín vedado

Como pudo, lanzado de improviso,

Mirar, desde la puerta, al Paraíso

El desterrado, el infeliz Adán.

Luego si piensa en el hogar nativo,

Y se trasporta a playas apartadas
Mira la Patria, y a su amor cerradas
Ve que sus puertas para siempre están!

III.

En la turba que esa sala
Llena sonriendo, amando,
Y conversando, y burlando,
Do todos contentos van,
Aquel suspiro, que exhala
De la boca coralina
La bella, que el cuello inclina
Sobre el alegre galán;

La dulce risa, el acento
De placer y de alegría,
Y la blanda melodía
Que hace los aires vibrar,
Todo aquello que contento,
Deleite y amor inspira,
No consuela al que suspira
Por su patria y por su hogar:

El no es ave de este nido,
Ni oveja de este rebaño;
Para todos es extraño,

De todas desconocido:

En el lujoso salón

Ve mujeres tiernas, bellas,

Mas, para él, no hay en ellas

Oídos ni corazón.

Si hacia el labio del proscrito

Un abogado acento vuela,

El corazón se rebela,

Y aquel acento bendito

Sobre su labio se hiela:

Se hiela, como la gota

Que el frío torna en cristal

Cuando entre la escarcha brota,

Ante el oyente glacial;

Cuya indiferencia nota.

¿ Quién va a atender al ingrato

Son del dolor que se queja,

Abandonando el boato

Y el dulce y alegre trato

Donde el amor se refleja?

¿ Quién ha de apartar los ojos

De tanta riqueza y gala,

Por atender, en la sala,

Al que oculto entre sonrojos,

Su queja tímida exhala?

Por el pesar carcomido,

Solo entre la muchedumbre,

Mudo en medio del ruido,

Está el proscrito escondido,

Y a oscuras entre la lumbre.

IV.

Tal vez en selva espléndida, en medio de los robles

Que cubren con sus sombras la tierra en derredor,

Inclina al suelo lánguida sus hojas casi inmóviles

Una enfermiza, pálida, desconocida flor.

Y los alegres árboles, que juegan con el viento,

Y cuyas ramas crujen al son del huracán,

Reparten sus despojos, y al ímpetu violento

Ahogando con sus hojas la florecilla van;

Y mientras que, en el júbilo, el aire se alborota,

Y suena por las ramas su acento silbador,

Al pié del tronco yace, oculta, helada, ignota,

Y muda entre el estrépito, la solitaria flor;

Así entre la magnífica comparsa que se mueve,

Y empújame, y ahógame, y oblígame a quejar,

No hay uno que hacía abajo la alegre vista lleve,

No hay uno que, por lástima, me venga a saludar.
Y oculto y melancólico, entre el común contento,
No salgo de la esfera donde penando estoy,
Y, lejos de mi patria, engaño mi tormento,
Diciendo: a quién le importa? de vuestro Edén me voy.

Y si hay una entre tantas, cuyos azules ojos
Hacia el proscrito errante se vuelvan por ventura,
Los ojos del proscrito evitan su hermosura
Y elévanse hacia el cielo en busca de su Dios;
Que la mujer, sus risas, sus tímidos sonrojos,
No encuentran en el pecho, para el deleite muerto,
Sino la arena estéril de un árido desierto,
Do apenas queda un eco para decir: ADIOS!

Dios y la virtud,

Quién comprende al Señor? Él eslabona
Nuestras acciones; y su diestra lanza
Ya un esparto, ya un mundo, en la balanza
Del Universo, y equilibra el fiel.
Ora ante el cesto en que Moisés naufraga,

Un leve junco sobre el Nilo tiende,
Y de ese junco el porvenir suspende
De la raza bendita de David;
Ora parece deteniendo el astro
Que dirige al ocaso su carrera,
Porque su luz derrame en la pradera,
Y el pueblo de Israel siga en la lid.
Dios, que esconde su origen, no en el tiempo,
Que el tiempo está por lindes circunscrito;
Dios, para quien lo eterno y lo infinito
Solo atributos de su esencia son;
Dios, que esconde su fin, no en lo futuro,
Que lo futuro a ser para ÉL no alcanza;
Dios, en quien no hay memoria ni esperanza,
Porque solo hay presente para Dios;
Sí; Dios se digna gobernar al hombre,
Porque todo lo abarca: ÉL es perfecto,
Y da leyes al sol como al insecto,
Y cuida al ángel y al gusano vil:
Todo lo crea, y lo gobierna todo;
Ya de mundos innúmeros tachona
El cielo, ya los reinos eslabona
A la suerte de un hambre o de un reptil.

Muerda a Colon un áspid, y el destino
Cambia del Universo: los millones
Que han venido a poblar nuestras regiones
No serían siquiera los que son.
Rómpase el débil cáñamo en que cuelga
La madre a Fúlton en su pobre cuna,
Y la industria del mundo, y su fortuna,
Quedan, porque él no piensa; en la inacción.
Como al contacto eléctrico se cimbra
Una cadena de extensión inmensa,
Del genio al soplo se despierta, y piensa,
Y obra, y corre al poder la humanidad.
Para toda medita Galileo,
Y el ciego Homero para toda canta,
Y Saulo y Pedro, en su doctrina santa,
Enseñan para toda la verdad.
Una es la humanidad. Ibero y Chino
Y Colombiano y Tártaro remoto
Navegan juntos; mas del mar ignoto
Dios solo el rumbo y los escollos ve;
Y porque ÉL solo es sabio, y Él conoce
Solo del puerto el último reparo,
Alza en la mar, por nuestro bien y amparo,
El faro inextinguible de su fe.

Entre tanto el filósofo presume
Que la dicha con números calcula,
Y en balanza sin fiel pesa y regula
Los átomos del bien y de salud!
Necio! solo una regla hay para el hombre:
El crimen siempre a la desgracia induce,
Siempre a la dicha la virtud conduce,
Siempre la fe conduce a la virtud.
Con la fe vuela Codro al matadero
A salvar a su pueblo del Dociano;
Con la fe vence al Persa el Espartano,
Resiste a Roma el Seyta con la fe.
Sócrates, al sentir el zumo ingrato
Del veneno mortal helar las venas,
Ríe dejando a su querida Atenas,
Porque otra patria tras la tumba ve.
Ante los doce de Yatreb, que anuncian
De un Dios único y grande la doctrina,
La muchedumbre idólatra se inclina
Cual se inclina la espiga al huracán;
Y al brillo de sus corvas cimitarras,
Y pidiendo a la muerte el paraíso,
Entre Brahma y el Cristo, de improviso,

Le alzan su trono anchísimo al Corán....
Salve! insigne virtud ! Tú que pudiste
Obrar tantos milagros de pagana,
¿ Qué no harás, si pacífica y cristiana
Iluminas al mundo con tu luz?
Tú, que al Dios bueno a conocer enseñas,
Tú, que pudor y caridad inspiras,
Tú, que arrancando al corazón sus iras,
Unes al Universo con la Cruz!
Sin ti se agita estacionario el Chino
Entre mares de oprobio y de riqueza;
Sin ti, levanta apenas la cabeza
El polígamo y laso musulmán;
Y los Indos, en castas separadas,
Desconociendo tu igualdad sublime
So el peso del Breton que los oprime,
Bárbaros son, y en la ignorancia están.
Oh! si el pueblo de Cristo es solo grande;
Si para hacer viajar su pensamiento
Ha arrebatado el rayo al firmamento;
Si puede al mar y al huracán vencer;
Si el Universo entero se somete
Al vigor de su espíritu fecundo,
En tu doctrina santa ; oh luz del mundo,

El secreto ha de estar de tu poder!
Ven, por piedad! No dejes de mi Patria
El verde valle, la tendida loma;
Guárdale su pureza de paloma
A la nación cristiana en que nací.
Guárdala, y en las ondas bienhechoras
De tu corriente pura y cristalina,
Purifica a la raza granadina,
Para que medre deleitada a ti.

El jinete.

-Ven, mi alazán! prorumpe el desdichado;
Ven por la última vez, sírveme ahora,
Y este cancro mortal que me devora
Hunde conmigo en los infiernos ya.
Tú eres mi único bien; yo nada tengo,
Nada que me detenga aquí en el mundo,
y si contigo en los infiernos me hundo,
Ningún pesar el alma llevará.

Ya es inútil luchar: es imposible
Sufrir la ingrata, abrumadora carga
De esta existencia degradada, amarga,
Que no puede a la infamia resistir.
Ante el soplo del viento del delito
Mi virtud como lámpara se apaga.
Ya que solo al delito el mundo halaga
Huyamos dél; dejemos de vivir.

La calumnia me asalta como a Anteo.
En vano con mis hechos la confundo;
Al caer, nuevas fuerzas la da el mundo
Y vuelve más pujante a aparecer.
Adiós, oh Patria! Por haberte amado
He perdido mi honor, estoy proscrito!
Sí; amarte demasiado es el delito
Que me hace hasta la infamia merecer.

Todo cede a la astucia! El vulgo es eco
Ciego como esa roca que me infama:
Me oye llamar traidor, traidor me llama
Y calumnia porque oye calumniar.
Mi nombre está manchado sin remedio....
Va a maldecirme España..... Eso es la historia;
Eso vale tu infamia, eso tu gloria;
Esos tus fallos son, Humanidad!

-Ven, mi alazán ! -Y rápido se arroja
Sobre el corcel; le aguija con fiereza,
Y atraviesa veloz por la maleza,
Desesperado y de la muerte en pos.
Por sobre arbustos, zarzas, ramas, troncos,
El caballo frenético se lanza.
En alas del temor y la esperanza
Van corcel y jinete. Adiós! Adiós!

Salva el caballo a saltos los arroyos
Llevando entre los dientes el bocado,
Y, del rudo acicate atormentado,
Va su escape aumentando sin cesar:
La rienda tesa con entrámbas manos
Lleva el jinete; la entreabierta boca
Del fogoso animal los pechos toca,
Y su hirviente nariz se oye tronar.

Hay en el corazón de la montaña
Raudo torrente, que de breña en breña,
De una sima a otra sima se despeña,
Y como en un sepulcro va a correr.
Ronco rodando, y turbulento siempre,
Estrella sus hirvientes borbotones
Sobre enormes y negros pedrejones,

Y conviértese en nieblas al caer.

Ante la masa de sus turbias ondas
Que al abismo frenéticas descienden,
Aquellas nieblas móviles extienden
Un velo denso de flotante tul;
Y al través de sus pliegues misteriosos
Vese relampaguear la catarata
Cuando, en rápidas ráfagas, desata
Y mece el viento el cortinaje azul.

Del hondo lecho al uno y otro lado
Alzan dos rocas sus excelsas crestas,
Ocultando sus frentes contrapuestas
De nubes tempestuosas al vapor:
El águila imperial la cima alcanza,
Y en sus cavernas lóbregas anida;
En el bajo peñasco halla acogida
Para su prole, impávido el cóndor.

En la inferior región, el triste búho
Cual visión vaga que la noche exhala,
Leve despliega de fantasma el ala
Y halla en las sombras lóbrego solaz.
Y hacia el borde empinado de esa roca
Que la profunda cavidad domina,
El español frenético encamina

Del noble potro la carrera audaz.

 Álzase entre la selva estéril risco
Desprovisto de arbustos y de grama,
Do, por senda torcida, se derrama
Le arena, y forma un vasto caracol.
Por allí va Gonzalo, y con esfuerzo
Súbito al potro en la pendiente para,
Y cual si un enemigo divisara
Lleva la diestra al sable el español.

 Al rayo de la luna que dibuja
Su luenga sombra en la pardusca roca,
Vese mover su convulsiva boca,
Y su faz cadavérica vibrar.
Mas luego con desdén suelta el acero,
Al estrellado firmamento mira,
Y con la mano trémula de ira
A ese cielo parece amenazar.

 ¡ Que tentación sacrílega le asalta !
Cuántos días se apiñan de amargura!
Cuánta ponzoña en ese instante apura!
Cuántos se pintan años de aflicción!
La venganza tal vez vino a llamarle,
Al ver su honor a la merced de un hombre,

Ay! y al sentir caer sobre su nombre

Infamia eterna, eterna maldición.

O algún genio satánico, evocando

Sus pasados recuerdos y tormentos,

Dio formas y sarcásticos acentos

A los delirios hondos del amor.

Y hablaba el infeliz, y con la diestra

Algo de sus oídos sacudía,

Y, golpeándose el hombro, pretendía

Desechar algún peso abrumador.

Dice y como sintiendo la demora

Y delirante, al alazan anima,

Que, rápido partiendo, por la cima

Despeñe los guijarros de tropel;

Y de arena entre el pardo remolino

A saltos y acezando el risco escala,

Y cual visión que ante la luz se exhala,

Dobla la senda y piérdese con él...

Mas vedle allí! que ya otra vez asoma

Dominando el altísimo peñasco!

Oh! cual relumbra el argentado casco

Sobre el manto de negro vellorí !

Adiós! adiós ! que rápido galopa

El corcel empujando hacia el abismo!

Adiós ! adiós ! que en un instante mismo

Muerte y alivio va a buscar allí!

Ya llega al precipicio, ya en la orilla

Contempla ufano el vórtice profundo

De la sima espantosa, do iracundo,

Hierve el torrente en turbio borbotón.

"A morir ! " grita en éxtasis demente;

Pero ante el borde, que a su peso cede,

El caballo espantado retrocede

Sordo a la brida, sordo al agujón:

 Saltado el ojo, eriza la melena,

La espesa cola encoge zozobrado;

Tiembla de pies y manos azogado;

Bufa poniendo en arco la cerviz:

La inquieta oreja hacia el peligro vuelta,

Y el ancho pecho cándido de espuma,

Brota de fuego una radiante pluma

De la convulsa, anchísima nariz.

 Las ijadas rasgándole a espolazos,

'Oh! mil veces cobarde y maldecido

(Exclama el castellano enfurecido)

Quieras o no, conmigo morirás!"

Y al acero llevando la impía diestra

Va a desnudarle, el alazán lo siente,
Y partiendo al sonido, de repente
Salta a derecha, a izquierda, al frente, atrás.

Ya en el pié sostenido, ya en la mano,
En corcovos listísimos se mueve;
No hay posición que rápido no pruebe;
Siempre en el aire estremecido va:
Contra la roca, el pedrejón, el tronco,
Se azota, y se alza, y clavase, y palpita,
Y bufa ronco, y la cerviz agita,
Mas siempre a plomo el castellano está.

En la izquierda la rienda, en el estribo
Firme la planta, amargo sonreía,
Y con la diestra la cerviz le hería
Despreciando su vano frenesí. ...
Mas ¡ ay! la planta en una grieta oscura
Hunde el caballo, y se desploma, y rueda,
Y herido, opreso, ensangrentado queda
Bajo su peso, el caballero allí.

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#).

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#).

